



klta.com

El viento del califa

RAMIRO ESCOBAR*

Una nueva amenaza se cierne sobre Oriente Medio y su eco violento comienza a escucharse en buena parte del mundo. El Estado Islámico, un grupo fundamentalista más radical y cruel que Al Qaeda, ha tomado ya una importante porción del territorio iraquí, actúa en Siria y ha asesinado a numerosas personas, incluyendo a dos periodistas que fueron decapitados. Ha creado un Califato que pretende avanzar en la región e incluso más allá. ¿Qué busca este nuevo movimiento, que ya se considera una nueva amenaza global?

Cabezas humanas que ruedan —previo discurso flamígero en un video—, ciudadanos presuntamente enterrados vivos, mujeres esclavizadas sexualmente, ataques inmisericordes a pueblos enteros, toma de represas, ciudades, carreteras. Gobierno interino, violentísimo y riguroso, en algunas zonas de Iraq y Siria. Desconcierto en Occidente y en el mundo musulmán, ya sea chiíta o sunita. ¿Qué está pasando, otra vez, en esta zona turbulenta del planeta?

El Estado Islámico (EI) ha llegado ya de la mano de un frente que, hasta hace unos meses, no parecía mucho más que uno de los colectivos armados que pescan a río violento en el tormentoso remolino integrista, pero que paulatinamente ha comenzado a crecer, a ritmo acelerado y mortal, por Oriente Medio, al punto que ya ha tomado Mosul, la segunda ciudad iraquí, y lucha por alcanzar el control de otros pueblos y ciudades, bajo una bandera negra que anuncia su llegada.

SOBRE LOS ORÍGENES

La génesis de este grupo se ubica en el año 2003, en los tiempos en que la invasión propiciada por George W. Bush hizo que surgiera en Iraq un amasijo de grupos insurgentes. Fue entonces que el jordano Abu Musab al-Zarqawi creó, en medio de ese avispero, un movimiento denominado en árabe Tawhid wa al-Yihad (Comunidad del Monoteísmo y la Yihad). Poco tiempo después, sus huestes se vincularon con Al

Qaeda, en ese momento dirigida aún por Osama bin Laden.

De esa mutación surge, en el 2004, Tanzim Qa'idat al-Yihad fi Bilad al-Rafidayn (Organización de la Base de la Yihad en el País de los Dos Ríos), que pasa a ser conocida como Al Qaeda en Iraq (en esos años la prensa occidental ya rotulaba al grupo con ese nombre y, de cuando en vez, se informaba de sus atentados). El 7 de junio del 2006, sin embargo, Zarqawi muere en un operativo dirigido por las fuerzas estadounidenses y se produce otra metamorfosis.

Abu Ayyub al-Masri asume la jefatura de la organización y declara el Estado Islámico de Iraq (ISI, por sus siglas en inglés). Poco a poco se va perfilando la figura de un emirato, gobernado por un emir ('el que ordena', en árabe) y que incluso cuenta con un gabinete de ministros que ofician de ayudantes en la tarea de pasar a controlar —y gobernar— más territorios. En el 2010 ocurre otro giro, acaso más trascendental en esta historia que rastrea los orígenes de EI.

Al-Masri muere, también en un enfrentamiento con Estados Unidos, y Abu Bakr al-Baghdadi, el actual autoproclamado líder del nuevo Califato Islámico —que ya ha aparecido en videos propalados por las grandes cadenas mediáticas—, asume el liderazgo de esta suerte de frente que va haciendo sucesivas sumas. Su nombre real es Ibrahim Ali al-Badri al-Samarrai y es de origen iraquí, pero desde el comienzo usa el apelativo de Abu Bakr, que es como se conocía al primer califa.

Retrocediendo en el tiempo para entender las coordenadas de hoy, se debe precisar que califa en árabe significa

* Periodista y analista internacional. Profesor de varias universidades. Columnista de internacionales del diario *La República*.



La activa participación de diversas potencias prolonga la guerra civil en Siria. (Foto: radiola primerísima.com)

‘sucesor’ y se asocia con quien, en el año 632, debió suceder a Mahoma luego de su muerte. Es el líder religioso y político, el que debe gobernar a la Umma (la comunidad de todos los musulmanes del mundo). Se entenderá ahora las dimensiones dramáticas, y a la vez megalómanas, que están implicadas en la declaración de un Califato en el mundo moderno.

Abu Bakr as-Siddiq fue el primer califa del Islam y sucedió a Mahoma. Él puso en marcha la primera recopilación del Corán. Posteriormente, a lo largo de los siglos, surgieron numerosos sucesores, no sin pleitos al interior del conjunto del Islam. El último Califato fue el otomano, que duró de 1517 a 1924, cuando Turquía se convirtió en una república, tras la Primera Guerra Mundial. Y el último califa fue el

turco Abdul Mejid II, que solo tuvo poder real hasta 1922.

Abu Bakr al-Baghdadi anunció el nuevo Califato apenas el 29 de junio de este año. Es decir, noventa años después de la desaparición de su, digamos, antecesor. Por supuesto, en un tiempo en el que hay internet, comunicaciones veloces, videos (su primera aparición pública, en Mosul, fue rápidamente colgada en la red); y en el que los fieles musulmanes en el mundo son alrededor de 1 500 millones repartidos en países de Asia, África, Europa, América y hasta Oceanía.

GOBERNAR Y REPRIMIR

Toda esta breve historia explica la importancia que el Estado Islámico se da a sí mismo, pero a la vez el peligro real que

implica no solo para Occidente sino para el propio mundo musulmán. Con una velocidad inusitada fue cambiando de nombre, en un proceso que anunciaba su transformación y crecimiento. Pasó de ser el Estado Islámico de Iraq al Estado Islámico de Iraq y Siria (de allí que, en un momento, sus siglas en inglés hayan sido ISIS), y hoy es Estado Islámico a secas.

Como tal, ya controla alrededor de cuarenta mil kilómetros cuadrados en Iraq y en Siria, incluyendo ciudades y pueblos en donde ejerce un gobierno informal que paga sueldos, suministra servicios y, asunto al parecer central en su filosofía y práctica, controla 'moralmente' a la población. Bajo la influencia de la corriente sunita más extremista del Islam, ha establecido una serie de reglamentos para la vida diaria que podrían espantar a cualquier musulmán devoto o rigorista.

Raqqa, una ciudad ubicada en el occidente de Siria, es, como ha reportado recientemente la BBC de Londres, un laboratorio de su forma de gobernar. Allí la 'hisba' (policía religiosa) ronda constantemente, vigila si las mujeres se han puesto el velo, o si andan siempre acompañadas de un hombre. Se ha prohibido también radicalmente el consumo de alcohol, y se ha limitado la enseñanza de filosofía y química en las escuelas, para dedicar más horas al estudio del Islam.

Estos 'yihadistas' (luchadores que defienden el Islam con la guerra) administran justicia a su modo, resolviendo disputas y mandando gente a la cárcel.

En algunos casos —esto ocurre también en los países musulmanes, o en zonas de estos, aunque con menor intensidad— pueden decidir que la punición se realiza con azotes, torturas de diverso tipo o ejecuciones. No parecen tener muchos reparos con ejercer la violencia desde su 'Estado' y en los combates armados.

De acuerdo con la agencia Reuters, dividen los territorios que conquistan en valiyatos (provincias) administrados por valíes (gobernadores), que siempre son civiles. El poder del EI, además, está vertebrado de la siguiente manera: en la parte más alta está el Califa (al-Baghdadi) y en el siguiente nivel están los Consejos de la Shura (que lo asesora), de la Sharia (que administra la parte religiosa), el Militar (que organiza el Ejército) y el de Seguridad (para asuntos internos).

Ese árbol gobernante central se reproduce en ámbitos más pequeños —pueblos, por ejemplo—, de modo que se puede ejercer el control de la gente y la infraestructura. De hecho, uno de los objetivos del avance del EI ha consistido en capturar represas, pozos petroleros, bancos, almacenes. En cierto modo, se comportan como esos gobiernos que controlan todo, desde los precios hasta la vida cotidiana, pasando por el cobro de impuestos (que se denomina *zakat*).

¿Funciona? Parcialmente sí. Aunque lógicamente tienen una 'economía de guerra' (donde todo se raciona en función de un enfrentamiento), logran cierta 'gobernanza', violenta y punitiva, que asusta a ciudadanos que solo quieren trabajar y vivir. Simultáneamente, esa conquista 'real' del poder en ciertas zonas es parte



Al-Yazira es la cadena televisiva más famosa del Medio Oriente. Osama bin Laden difundía allí sus mensajes. (Foto: patdollard.com)

del atractivo que este grupo ejerce sobre musulmanes de diversos países, que ven por fin realizado en estos tiempos el prometido Califato de antaño.

EL PARTO DE LA VIOLENCIA

Esto último no lo logró ni Al Qaeda y tal vez explica el rechazo de los seguidores de Osama bin Laden al Califato y a las tácticas brutales del EI, que según ellos no ganarán ni el corazón ni la mente de los musulmanes. Ese distanciamiento ya da una idea del monstruoso nivel de violencia que despliegan los nuevos yihadistas, capaces de cortarle la cabeza —mediática y públicamente— a los periodistas estadounidenses James Foley y Steven Sotloff en el pasado agosto sangriento.

Pero no son precisamente los hombres de prensa —o los occidentales en general— quienes sufren más la impronta despiadada del EI. Aun cuando esas miserables decapitaciones han conmovido a esta parte del mundo, son los propios musulmanes los que están sufriendo en carne y vida propia la llegada de esta invasión extremista. Tras visitar Iraq, Amnistía Internacional (AI) ha informado de “matanzas deliberadas”, así como del secuestro de miles de personas, sin importar su edad.

Un caso sobre el que informa la organización es el de Qojo, un pueblo ubicado al noroeste de Iraq. Allí los yihadistas habrían matado a centenares de hombres con fuego indiscriminado luego de separarlos de sus familias. En el vecino Sinyar, Unicef ha confirmado la muerte

de cuarenta niños por deshidratación y hambre, una consecuencia infeliz del desplazamiento de alrededor de doscientas mil personas por la llegada de las hordas de al-Baghdadi.

Con todo lo monstruoso que esto resulta, parece haber una perversa lógica que gatilla estas acciones. Lo primero es que el EI es sunita, la corriente mayoritaria del Islam, y considera a los chiitas, que son minoría (la proporción es de ochenta a veinte aproximadamente), unos apóstatas, gente prácticamente incapacitada para seguir a Alá. De allí que se les ataque sin misericordia y se destruya sus mezquitas sin remordimiento alguno.

Además de los chiitas, que en Iraq son una población más bien predominante, también están en la mira algunas minorías, como los cristianos y los yazidíes (seguidores ancestrales de Zoroastro), por la misma razón: su condición de ‘infiel’. Algunas versiones señalan que existe la posibilidad de ‘convertirse’, aunque no queda claro si la oferta es en serio o si cualquier mínima resistencia implica la ejecución, el castigo o la prisión. No hay posibilidad de disidencia.

Según el profesor de origen libanés Fawaz A. Gerges, que trabaja para el London School of Economics, hay algo más en esa macabra vocación por la violencia. La elección de ese camino por parte del EI, sostiene él, es racional, no es justificada teológicamente como en el caso de Al Qaeda. Tendría el propósito deliberado de crear conmoción, de proyectar fuerza, actitud vencedora, lo que terminaría de convencer a jóvenes que desean estar en el bando victorioso.

El hecho palmario de que ya controlan algunas ciudades iría en tándem con esta estrategia terrorista, que atrae hasta a musulmanes provenientes de Europa. El acento inglés del verdugo del periodista Foley despertó las alarmas sobre este asunto, pero ya desde hace algunos años se venía percibiendo que en las generaciones más jóvenes de fe islámica que viven en Occidente por la migración de sus padres, hay una búsqueda desesperada de identidad.

HORIZONTES PERDIDOS

En medio de esas tinieblas, antes Al Qaeda y ahora el EI aparecen como una alternativa a un mundo donde no se sienten aceptados. Mientras esto ocurre, Estados Unidos, Europa y numerosos países árabes, o de mayoría musulmana como Turquía, ven con asombro cómo este frente extremista avanza, amenaza, captura, mata. Ya no es un problema que solo concierne a Irán, la gran potencia chiita, sino a todos los gobiernos de la región y a las potencias involucradas.

Por entre las cenizas de la Primavera Árabe ha estallado este problema, que por añadidura está haciendo que el último presidente arrinconado por las protestas —el sirio Bashar al-Assad— sobreviva, paradójicamente porque ahora hay que atacar al EI, uno de los enemigos que lo ataca. Nuevamente, las ecuaciones de Occidente con respecto a Oriente Medio han resultado miopes y han ayudado a engendrar a este nuevo contingente que camina a ser otro archienemigo global. ■